

Represión, resiliencia y educación de la élite afrocubana, de 1844 a 1898

Repression, resilience and education of the Afro-Cuban elite, (1844-1898)

MSc. Rodrigo Ferrer-Diez, <https://orcid.org/0000-0002-8547-7427>

UO247478@uniovi.es

Universidad de Oviedo, España

Dr. Ismael Sarmiento-Ramírez, <https://orcid.org/0000-0002-9686-684X>

sarmientoismael@uniovi.es

Universidad de Oviedo, España

Resumen

Desde finales del siglo XVIII, en Cuba se distingue un grupo que comienza a tener importante poder adquisitivo y destacado interés cultural. Sus integrantes resultan incómodos dentro del sistema colonial, al tener en común ser afrodescendientes, lo que se vuelve la principal condicionante para que la política opresora del gobierno acabe con esa élite económica negra, forjada a contracorriente del propio sistema e involucrada en acciones polémicas, como la llamada Conspiración de La Escalera, en 1844. Sin embargo, con medidas arbitrarias como esta, las autoridades sólo logran debilitar su poder económico, no así sus ideas de progreso social. El objetivo del presente ensayo es visibilizar, desde la represión que sufren los negros, el sentido resiliente que generan y el nivel educacional que alcanzan entre 1844 y 1898, la etapa más significativa dentro del largo proceso de reafirmación identitaria de todos los cubanos.

Palabras clave: Cuba; siglos XIX; afrodescendencia; represión; resiliencia; educación; identidad.

Abstract

From the ending of the XVIII century, there are in Cuba a distinguished group of People with a great monetary power and interested in culture. Colonial authorities don't feel safe with this people who has something in common: they are afro-descendant. This is the main argument for create a politic oppression designed for destroy this economic elite. This was created against the colonial system and they were involved in polemic actions like La Escalera Conspiracy in 1844. But colonial authorities just can pull down their economic power, not their ideas. With this paper, from the view of the oppression against black people, we want to give light about the resistance and the educational level that black Cubans reach in the most significant time within the process of creation of the whole Cuban identity between 1844 and 1898.

Keywords: Cuba, XIX century, afro-descendant, repression, resistance, education, identity.

Introducción

A lo largo del periodo colonial en la isla de Cuba se desarrolla una comunidad multicultural, fruto del contacto de blancos, indígenas y negros. Se forma una especie de “cohabitación”, donde sus miembros viven juntos y separados a la vez, al margen de las mismas fronteras físicas y psíquicas que se crean dentro en una sociedad marcadamente clasista y racista.

En el presente ensayo nos interesa interrelacionar los últimos escollos del pasado esclavista con las últimas actuaciones del gobierno colonial español en Cuba (1844-1898). Se reflexiona en cómo toda la herencia afro y las iniciativas que surgen entre sus descendientes –lo que se manifiesta de múltiples formas–, sobrevive a la llamada “Conspiración de La Escalera” y se fortalece durante años. Para esta labor creemos necesario caracterizar el vivir de los esclavizados negros, describir la manera cómo, una vez libres, intentan adaptarse a un medio social muy desfavorable para ellos y, fundamentalmente, hacer ver bajo cuáles sacrificios y acciones resilientes logran conquistarlo.

Tras la represión de 1844, muchos negros y mulatos, salvando obstáculos, reconstruyen lo perdido y afianzan su estatus ciudadano como parte integrante de la patria. Primero, al incorporarse al Ejército Libertador, desde 1868, y favorecerse de las libertades impuestas en los campos de Cuba Libre (1870). Segundo, al enfrentarse a una esclavitud disfrazada, después de que el gobierno español promulgara una falsa ley de abolición, en 1880, que obligaba a los libertos a indemnizar a sus amos por las supuestas pérdidas sufridas. Tercero, al cesar definitivamente la sujeción en 1886 y ellos reclamar sus legítimos derechos como hombres libres, en igualdad de condiciones que los blancos.

Lo acaecido entre 1844 y 1898 sirvió para que determinados intelectuales y líderes negros se convirtieran en verdaderos artífices de los cambios que se experimentaron en la sociedad cubana. Tanto es así que fue el periodo en que se afianzan las bases de todos sus derechos civiles y convierten a esa reconstrucción, sobre todo moral, en parte fundamental de los postulados de la nación cubana, justo en el clímax de su forja; aunque luego, durante mucho tiempo, se rechazara esa idea y ellos mantuvieran sus demandas en constantes disputas. Entre las soluciones adoptadas por ellos para terminar con el avasallamiento de la marginación por el origen étnico o el color de la piel, estuvo

el ejercicio de la instrucción cívica, la educación constante a todos los niveles y la aplicabilidad de esos conocimientos varios como la vía más expedita de combatir la negrofobia.

De ahí la necesidad de reflexionar sobre la importancia de poner en valor, desde el presente, la marcada impronta que distingue a los africanos y sus descendientes, más la labor de otros grupos antirracistas, en la lucha por la igualdad social en Cuba. Estas razones conforman las características socioculturales e históricas del país, hacen que su ejemplo sea idóneo para difundir y, sobre todo, impulsan a valorar ese legado que hoy todos debemos preservar y fortalecer.

La conquista de la libertad

El siglo XVIII supone un aumento mayúsculo de la población negra en el continente americano, en especial por el tráfico de esclavos que llega a ser cerca de 800 anuales (Marrero, 1978, VI, p. 13). La cifra confirma que una parte considerable de la sociedad americana se sostiene gracias a este grupo poblacional. Ya en la primera mitad del siglo XIX, más del 45% de la población cubana es afrodescendiente (Boletín Oficial de Hacienda, 1981; Censo de 1899). Este alto porcentaje no es más que el reflejo innegable de la esclavitud, por esto hay que entender el proceso en sus años más álgidos.

Los afrocubanos son la base de la sociedad cubana. Esta afirmación que tiene un doble sentido: tanto por tratarse del escalafón más bajo en consideración, como por ser el motor fundamental de todo cuanto sucede en la economía de la isla. Los negros y negras realizan las más variopintas labores, desde el cultivo de la caña de azúcar, el café o tabaco, a obras civiles de gran importancia para la colonia, pasando por el ámbito doméstico y por el hecho de inducir una parte de las mujeres a la prostitución.

En definitiva, la gran masa de la población afrodescendiente en la isla no es otra cosa que un testigo pasivo de los acontecimientos que van formando la historia étnica del país. En medio de la vida cultural, de las intrigas políticas o de las propias guerras, entre 1868 y 1898, los negros, el grupo social que más presencia tiene, son los más ausente en la historia contada en el devenir de los días, incluso en la contemporaneidad.

La forma de vida del esclavizado atrajo la curiosidad de muchos intelectuales cubanos que buscaban la justificación de sus argumentos políticos; algunos rechazaron la trata, pero no la esclavitud; otros objetaron ambas prácticas; muchos quisieron mantener el sistema sin cambios. Entre todas estas personalidades, destacan figuras como José

Antonio Saco (2001), Francisco Armas y Céspedes (1866) y Antonio Bachiller y Morales (1887). Un marcado interés, según las conveniencias del momento, que tiene sus antecedentes y que se remonta a los finales del siglo XVIII, a raíz de los sucesos de la Revolución Francesa, cuando todo seguía estando muy influenciado por las teorías ilustradas. El propio Robespierre está a favor de abolir la esclavitud, pasando a ser esta cuestión un debate político (Martínez y Pozuelo, 1990, p. 221). Las colonias españolas estaban muy atentas a lo que sucedía en el territorio francés, como fue el movimiento formado, en 1788, bajo el nombre de Asociación de Amigos de los Negros, que anima la lucha contra la esclavitud, incluso antes de la convocatoria de los Estados Generales por el rey Luis XVI (Martínez y Pozuelo, 1990, p. 220). Además, hay que tener en cuenta que las colonias caribeñas tenían derecho a enviar diputados a París, pero en un primer momento solo eran escogidos los grandes terratenientes dueños de esclavos. Esta misma situación se da luego con muchos diputados cubanos en España, a partir de 1810 y hasta que cesa el dominio colonial en la Isla.

Pese a esto, las leyes abolicionistas no fueron las vías habituales para que los negros rompieran sus cadenas hasta pasados los primeros diez años del siglo XIX, y esto no fue de manera continuada. Tampoco lo fue el camino del cimarronaje, aunque tuvo gran significación en todo el continente americano. El “ahorramiento” o “manumisión”, aunque dilatado en el tiempo y poco visual en número, es una práctica más antigua que se mantiene hasta el final esclavista. La justificación jurídica de todo el hecho, tanto de la esclavitud como de la emancipación, proviene de las Siete Partidas de Alfonso X, un corpus legislativo medieval que perdura en la América española, en lo concerniente a la servidumbre y en todo lo relacionado con la dominación de una persona sobre otra (Lucena, 1995, pp. 33-44). Por tanto, hay argumentos jurídicos para que un esclavo alcance la libertad. Unos pocos la logran a través del testamento y otras generosidades de sus amos o bien pagando el precio por el que son adquiridos. Para ello, pueden contar con un tiempo libre que emplean en ganar algún dinero y ahorrarlo; algo que se da más en el medio urbano que en el rural. Ya, al recibir la libertad, se entrega un papel en el que aparece toda la información del ex-esclavo, el que debe llevar siempre consigo (Kemner, 2014, p. 408); pero, entonces, ¿qué sucede después?

Ascenso y declive de la élite negra

Durante los siglos coloniales, lo más difícil para los negros libres fue encajar en una sociedad que no estaba diseñada para ellos; superado el suplicio de la esclavitud, aun eran considerados seres contra natura ante las leyes naturales o humanas, y más en lo relativo a la moral. Los pocos que consiguieron un nivel de renta, más o menos elevado a su bajo estatus social, lo lograron, –según apreciación de Duharte (1988)– con menos engorros que en las colonias inglesas y francesas (p.35). Para lograrlo, se formaron en un oficio, pasaron este a sus hijos y nietos, y controlaron los negocios que los blancos rechazaban en los principales pueblos y ciudades del país. Así fue como nació una pequeña burguesía que se concentró mayoritariamente en La Habana (Deschamps, 1975, 15). Sosa y Penabad (2004, V) relacionan entre otros oficios ocupados por negros: albañil, aserrador, barbero, sangrador, carpintero, bodeguero, cocinero, dulcero, confitero, carretillero, calesero, herrero, músico, pintor, jornalero, peón, sastre, tornero, talabartero y zapatero (pp. 63-65). Labores que en su gran mayoría eran ejercidas por personas de muy bajo nivel, muchas mal vistas por su rudeza o falta de talante, según criterios de la época, y causantes de desaprobaciones sociales (Deschamps, 1975, p. 16). Sólo una muestra de los empleos más vinculantes con expresiones denigrantes dentro de las demás esferas de la vida pública donde hubo presencia de africanos y sus descendientes. Al tiempo que un amplio colectivo de negros y mulatos libres desarrollaban importantes actividades económicas en el puerto capitalino.

Existen varias razones para pensar que la salida de la esclavitud no supuso alcanzar una vida plena o digna para quienes la sufrieron: el racismo se convirtió en una exacerbación histórico-mutante y, por tanto, la marginación no dejó de existir, igual que la designación de los trabajos más duros para ellos. En el caso de las mujeres, muchas desempeñaban de manera continua el oficio de posaderas y taberneras en antros; eran las que atendían a los soldados y transeúntes de paso como potenciales clientes (Marrero, 1976, I, p. 23).

La milicia fue otra salida laxa a la nueva vida del negro como emancipado, lo que suponía una libertad sin mayores tintes racistas, pero en la práctica tampoco fue así. El papel de los afrodescendientes fue imprescindible en la defensa del país desde el siglo XVI. En la proclamación de Carlos II como rey de España, de las diez compañías que formaron en la Plaza de Armas de La Habana, cuatro eran de pardos y morenos libres (Marrero, 1976, I, p. 29); surgía del estamento castrense, a finales del siglo XVII, el

germen de lo que sería la burguesía negra cubana (Deschamps, 1975, p. 59). De manera significativa, ellos tuvieron especial protagonismo durante la toma de La Habana por los ingleses (1762-1763). Sin embargo, más allá del orgullo de los negros de vestir uniforme, a partir de 1764 habían “marcadas diferencias entre los milicianos blancos, los pardos y los negros” (Barcia 2009, pp. 259-260); evidenciándose, unido al color de la piel, en la disparidad de los salarios: “en tanto los capitanes de pardos ganaban cuarenta pesos al mes, el sueldo de los de morenos era de treinta y ocho” (p. 260). A pesar de tantos impedimentos, en ese lento pero firme proceso resiliente de los milicianos de color aparece el progreso como resultado del trabajo y la constancia; disfrute que para muchos costó el esfuerzo de varias generaciones que persistieron ante la esclavitud y como hombres libres.

Tal proceso conllevó a que se formara un grupo selecto de negros y mulatos, incluidas mujeres, que contaron con una posición favorable ante sus semejantes y con los medios materiales suficientes que les permitieron generar negocios y encontrar vías alternativas para educar a sus hijos en el país o el extranjero. También, dentro de esa naciente élite negra, como herencia negativa, los había poseedores de esclavos, llegando a imitar hasta en eso a los blancos. Este comportamiento mimético es bastante difícil de mostrar, más allá de su entorno afro, ya que el color de piel indicaba una procedencia que venía desde las profundidades de la sociedad (Kemner, 2014, pp. 406-407); pero, para muchos, desde los tiempos iniciales de esclavitud africana, el amo no tenía color, era el amo (Deschamps, 1975, p. 51).

Bachiller (1887, p. 52). Llegó a exponer la manera en que los libertos podían ser considerados ciudadanos en igualdad de condiciones. Ante su apreciación debemos precisar que una cosa era lo que se decía en el papel y en las legislaciones vigentes, y otra en el día a día de la realidad social y moral colonialista, siempre opuesta por mayoría a cualquier flexibilidad en ese sentido. En ninguna de las circunstancias aceptamos que, tras el cese de la esclavitud, en la cotidianidad institucional y popular dejara de existir el racismo. Esto, sin pasar por alto el vivir desahogado de estos negros y mulatos dentro de su radio de acción, incluso siendo poseedores de esclavos y con un poder económico lo suficientemente sólido como para crear una pequeña burguesía

dentro de su limitado estatus social, aunque preocupante para los blancos (Deschamps, 1975, p. 15).

Conocemos de tal progreso socioeconómico en La Habana, de los múltiples obstáculos que lograron superar para hacerse de un hueco dentro de la clase artesanal, en la que, como se ha dicho, desempeñaron disimiles trabajos. El cómo lograron remontar hasta lograr esa riqueza y, sobre todo, las maneras en que se opusieron a las normas preestablecidas y saltaron las barreras sociales que durante siglos limitaron sus ascensos (Deschamps, 1975, pp. 15-18). Barcia (2009) explica cómo se pasaba del prestigio de las armas a la influencia del dinero (pp. 275-279), proceso en que se crea y consolida el apretado círculo de las redes y familias; también se refiere a las estrategias de movilidad social que utilizaron, resaltando entre los pardos ilustres a la familia de los Flores-Escobar y cómo se entrelazan los Carques-Flores (pp. 327-367).

Tal fue la impronta de esa élite que se hicieron visibles en la moda, tuvieron preferencias por los bailes y mostraron interés por las tertulias y otras manifestaciones culturales dominadas por quienes les maltrataban (Duharte, 1988, p. 37). Pese a estas adaptaciones, para los blancos, aunque existieran negros considerados burgueses e ilustrados que les respetaran y les rindieran pleitesía, ese sector estaba muy lejos de ser una élite próxima a la de ellos; siempre les consideraban inferiores en todos los sentidos. Pudo ser que una parte de los propios afrodescendientes así lo asimilaban cuando intentaban imitarles, denigrando a otros similares con tonalidades de piel más oscura, menos recursos económicos y bajo nivel educacional. Acciones despreciativas que se dieron o al menos hoy se conocen más del medio urbano, en ciudades con muchas actividades económicas como La Habana, Santiago de Cuba y Matanzas, por orden de importancia.

Evidentemente, la élite blanca no estaba cómoda con esta situación. Desde finales del siglo XVIII se generalizó el “miedo al negro”. Se consideraba que un negro ilustrado era más peligroso que uno negro armado. Por temor a una insurrección masiva, la represión contra ellos se extendió por todo el continente (Ferrer, 2005, pp. 179-23; Belmonte, 2006, pp. 185-210; Camacho, 2015, pp. 13-28). Lo que demuestra que la aprensión era general y más si se hacía demostración de cualquier nivel de instrucción. La libertad de imprenta sirvió para difundir ideas relacionadas con los abusos contra la gente de color (Portuondo, 2014, p. 107); por lo que en ocasiones se pensó que por

motivos raciales los negros educados, ilustrados, burgueses y adinerados pudieron estar detrás de las sublevaciones de esclavos.

Bachiller (1887, p. 138) llegó a denominar a estos individuos, con una educación y una posición social, como “hombres políticos negros”. Dentro de este minúsculo sector las autoridades coloniales encontraron a los supuestos culpables de los sucesos de rebeldías. Entre los documentos de época existen suficientes ejemplos de las revueltas negras por todo el continente americano, más entre los siglos XVIII y XIX. En la isla de Santo Domingo se pensó en los franceses como primeros instigadores, tal como quedó registrado en 1795 (AGS, leg. 7165, núm. 25). Cuba no fue la excepción, en agosto de ese año se dio, por ejemplo, un suceso que alteró la paz de la mayor de las Antillas (AGI, Estado, leg. 5A, núm. 15). Luego, latente el miedo a los negros de Haití, se puso el foco de preocupación en Jamaica (AGI, Estado, leg. 17, núm. 113), pensándose que desde la cercana isla motivaban a los afrocubanos a emanciparse. Existe un documento, de fecha 21 de agosto de 1833, que refleja la ansiedad de las autoridades cubanas respecto a lo sucedido en la isla de Jamaica y donde se recoge que en 1832 pasó lo mismo en Martinica (AHN, Ultramar, leg. 4617). Fueron sucesos que tuvieron especial transcendencia entre las décadas del 30 y 40 de siglo XIX, con mayor interés para los EE. UU. Estos movimientos contaron con el apoyo de los afrodescendientes franceses, ingleses o estadounidenses; unión por la que se ha pensado que partieron de la complicidad de la élite negra en la región, aunque de todos modos entre las autoridades coloniales se tuvo el mismo miedo al esclavo desposeído de bienes materiales –sin nada que perder–, que al libre inteligente, con algunos recursos y que podía convertirse en un potente líder de masa.

El resurgir del ímpetu negro después del suplicio de La Escalera

En la década de 1840 fue cuando aumentó la represión contra los afrocubanos, más a raíz de la llamada Conspiración de La Escalera, en 1844 (García, 2005, pp. 233-320). Persecuciones, detenciones y torturas nacieron de la confabulación de la oligarquía negrera criolla y la representación del gobierno español en la Isla. El proceso se llevó a cabo principalmente contra esos “hombres políticos negros”, a manera de escarmiento frente a las manifestaciones de rebeldías de los esclavos, que alcanzó su clímax en 1843, y un tanto para neutralizar la labor de los criollos blancos abolicionistas. Fue una

especie de “mensaje” intimidatorio a quienes pretendieran alterar la paz en Cuba o buscar la independencia de España, argumento utilizado desde antes en los sucesos de Haití y Jamaica.

La información de la supuesta insurrección se extendió antes de finalizar su mando como Gobernador y Capitán General de Cuba Jerónimo Valdés y Sierra (1841-1843), entre los primeros en evaluarla como un medio interesado por parte de la sacarocracia cubana para impedir el cese de la trata. No obstante, pudo más la opinión y el azuzar de quienes controlaban la economía del país; y, finalmente, nada más iniciar su gobierno Leopoldo O'Donnell y Jorís (1843-1848), se dio la redada de negros y simpatizantes en los territorios de La Habana y Matanzas, que contaban con el mayor número de ingenios azucareros y por ende con una amplia presencia de población negra.

Desde mucho antes, la represión había pasado a lo social a través una burla que tampoco era nueva: se publicaron chistes de carácter racista que criticaban la forma de andar, hablar y vestir de los afrodescendientes. Al tiempo que la poesía reafirmaba estos aspectos negativos repetidos en la cotidianidad (Escalona, 2005, p. 312). Un blanco podía abusar de una negra, pero el solo hecho de que un negro se fijara en una blanca era motivo de escarnio social (Escalona, 2005, p. 313). Tampoco ayudó el desequilibrio laboral. A lo largo de todo el periodo colonial, tal como se ha visto, los oficios más rudos se consideraban “propios de negros” e impropios para blancos (Sosa y Penabad, 2005, vol. 6, p. 61), diferenciaciones que calan en toda la población, e incitan más el odio. Aunque desde mucho antes el miedo se había convertido en fobia, el cáncer social de la negrofobia había hecho metástasis con los rumores de la supuesta conspiración y se castigó cruelmente. La imagen de desprestigio del negro se fortaleció; por lo que, la represión no fue simplemente un arma política, sino también un instrumento social que trató de perpetuar a la élite blanca pro-española en lo más alto del complejo orden colonial. El testimonio del poeta Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido), acusado entre los supuestos jefes de la conspiración, es uno de los más desgarradores del amañado proceso (Castellanos y Castellanos, 1990, vol. 1, p. 214; García, 1938). En la localidad de El Cobre, de Santiago de Cuba, fusilaron a los partidarios de la sociedad secreta “Partido Hongolosongo” (Bacardí, 1909, vol. 2, p. 318). Extremos que debilitaron las proyecciones de la élite negra cubana, al menos por un tiempo (Deschamps, 1975 p. 26).

La educación y la cultura contribuyeron a su recuperación. Tanto por las acciones resilientes que nacieron desde el traumatismo por el color de la piel, como por la reproducción mimética que hicieron de los patrones de conductas de los propios blancos. El fomento de ambas actitudes se expresó más por medio de las asociaciones, algo que dentro de este grupo social también tuvo un componente exclusivista. La documentación de las asociaciones de socorro mutuo fundadas por negros es amplia y entre ellas destacan: Monserrate (Matanzas), José de la Paz Zequera y Antonio Moro (San Nicolás de Bari), y Nuestra Señora del Cobre (El Cobre-Santiago de Cuba) (Castellanos y Castellanos, 1990, vol. 1, p. 225). Estas entidades sirvieron para mantener viva la tradición africana en todo el país (Montejo, 1993, p. 8) y lograron especial relevancia a partir de la Guerra de los Diez años (1868-1878), periodo en que el gobierno, para ganarse la aceptación de los afrodescendientes, permitió fomentar la educación para así mejor españolizarlos (Montejo, 1993, p. 37). Por ejemplo, la Fraternidad en Matanzas es una de las primeras entidades al respecto que entre sus fines tuvo el fomento del deporte, desde 1880 (Sosa y Penabad, 2008, vol. 8, p. 248). La Asunción en Guanabacoa ofreció auxilio de enfermedad, muerte, recreo e instrucción (Montejo, 1993, p. 55). También el Casino Español de Personas de Color de La Habana alcanzó una proyección cultural-educativa tal que la sección de instrucción se trazó ambiciosos objetivos, entre ellos crear una biblioteca y hasta el plantearse, en 1882, el abrir un colegio femenino (AHN, Ultramar, 150, Exp. 42). En el marco de esta búsqueda de la dignificación del negro es que se celebra el I Congreso de las Sociedades de Razas de Color, el 23 de junio de 1892, presidido por el prestigioso periodista, escritor y patriota Juan Gualberto Gómez, quien impulsó el Directorio Central que reunía a todas estas asociaciones (Sosa y Penabad, 2008, p. 255).

Mientras duró la esclavitud, los españoles y criollos dueños de esclavos no prestaron mediano interés para que los negros se instruyeran; más, ellos siendo libres, trataron de impedirles que fomentaran su propia ideología, la mal llamada “ideología de raza”, porque solo existe una raza: la humana, lo que Castellanos y Castellanos han llamado “polvorín social” (1990, I, p. 250). Por esto, fue buena opción de los negros de, si los blancos no querían educarlos, buscar sus propias vías de formación como sus adversarios. Las normas educativas que se aplicaron en ese periodo en la isla de Cuba perseguían, al menos, la formación de los negros libres en las primeras letras. En el caso

de las negras, destaca como excepcionalidad la formación de las niñas en aquellas modestas escuelas regentadas por maestras de ascendencia africana, en las que se enseñaba costura y catecismo, en algunas a leer y en las menos a escribir, puesto que muchas de las propias maestras tampoco sabían (Huerta, 1992, p. 135). De manera que la instrucción básica llegó a muy pocos afrocubanos, ya que en general la tasa de analfabetismo en toda la Isla era muy alta (Sosa y Penabad 2004, 2005 y 2008). Los pocos negros que lograron saber leer y escribir, como el poeta Juan Francisco Manzano y el periodista Juan Gualberto Gómez, aprendieron algún oficio y vivieron de su ejercicio siempre que se lo permitieron, o el violinista Claudio José Brindis de Salas que alcanzó la fama y le llamaron “el Paganini negro”.

En paralelo, la poesía y más la literatura abolicionista ayudaron a mejorar la imagen estigmatizada del negro y a visibilizar la crudeza de la esclavitud en toda su extensión. En la poética un buen ejemplo fue la obra de Manzano; quien, de manera mimética, consiguió componer, publicar y vivir con una relativa libertad. Mediante la literatura se avivaba el discurso sobre la identidad nacional (Rosell, 1997, p. 13) y se denunciaba la opresión sobre los afrodescendientes, incluidas las mujeres. En ocasiones fue un mismo “yo” ante un mismo opresor. Se presenta a un héroe, alguien que progresaba y las obras intentaban romper con la relación negro-esclavo (Rivas, 1990, p. 126 y p. 190). Dentro de las publicaciones periódicas, circula, entre otras, *El Pueblo*, fundada en 1869 en Matanzas por el periodista mulato Martín Morúa Delgado, hijo de un español y una negra criolla.

Desde que inicia la guerra independentista, en 1868, se incorporaron afrodescendientes al Ejército Libertador de Cuba y al Ejército español en operaciones. Es evidente que el mayor número estuviera al lado de los insurrectos, al considerarse que los intereses peninsulares no eran buenos para ellos, o ante la inmediata abolición de la esclavitud que la Constitución Guáimaro (1869) contempló, lejos del lento proceso peninsular en el que sólo se concibió, dadas las circunstancias, propiciar la libertad de aquellos que lucharan de su lado. Esto hizo, una vez más, que el ejército se convirtiera en un mecanismo útil de integración social en la isla. Sin embargo, combatir en sus filas convertía al esclavo en libre, aumentaba su prestigio, pero no eliminaba la discriminación racial. No olvidemos que esta manera de aceptación vedada solo fue válida para los hombres, ya que las mujeres negras seguían desamparadas. Asimismo, los negros que no se sumaron como soldados al Ejército mambí ni sirvieron al Ejército

español en diversas labores subalternas vieron en el conflicto cubano-peninsular una cuestión más social que política. De hecho, durante el último periodo de abolición de la esclavitud (1870-1886), una parte de los libertos decidieron quedarse en los ingenios azucareros y mezclarse con los blancos.

Lo mismo sucedió con la Constitución de 1812, donde los negros quedaron fuera de la representación nacional, haciéndose caso omiso del sentir del diputado por Nueva España, José Miguel Guridi y Alcoer –cuando reclamó que todos los habitantes de América, incluso los esclavos, tenían derechos, al menos el de la voz activa (Diario de Sesiones Cortes de Cádiz, 25-I-1811)–, se repitió tras el estallido de la Guerra de los Diez años con la postura inmovilista tomada por el gobierno español. Bajo ese contexto bélico, que coincidió con el Sexenio Revolucionario en España (1868-1874), volvió el parlamentarismo a la actualidad política cubana, manteniéndose aun la duda de si esos individuos debían tener ciertos derechos sociales y políticos. Cuestiones que se trataron nuevamente, sin cumplirse con uno de los objetivos que dio origen a la gesta independentista: eliminar la esclavitud, al firmarse un tratado de capitulación, el 10 de febrero de 1878, el mal llamado Pacto de Zanjón.

Los años 80 fueron intensos en cuanto a las reformas de la ley electoral cubana, se destacan las intervenciones en el Parlamento español de los diputados Bernardo Portuondo, José Ramón Betancourt y sobre todo Rafael María de Labra, quien logró se dispusiera la ley de abolición de la esclavitud en la Isla, votada el 12 de febrero de 1880 y derogara el Patronato el 7 de julio de 1886. Más tarde, en 1889, el diputado por Pinar del Río, Luis Manuel de Pando, protestó porque los negros estaban excluidos del censo electoral (Diario de Sesiones, Congreso de los Diputados, 27-III-1889).

En definitiva, pese a los intentos por salir de la situación de esclavitud, el principal problema al que se enfrentaron los afrodescendientes, más que la sujeción, fue el estigma del color de la piel, que han llevado como seña discriminatoria de manera perenne y contra ese impedimento impuesto por la sociedad no siempre ha sido satisfactoria la lucha, incluso después de finalizar el dominio español en Cuba, en 1898. Tal como se ha expresado, se veía a los negros como inferiores, más a partir de la represión de la Escalera, cuando la enfermedad social del racismo había hecho metástasis e invadido el sentir de muchos de ellos. A pesar de esto, por uno u otro

motivo, 1844-1898 es el periodo en que muchos de los afrodescendientes, sin renunciar a sus raíces, al conservar sus tradiciones y hasta las lenguas residuales de las diferentes etnias africanas, dejan de sentirse negros para convertirse en cubanos y fue una integración que mayormente se dio en los campos de Cuba Libre.

Conclusiones

Las colonias del continente americano presentan un modelo social diseñado más para blancos y en menor medida para indios, siempre y cuando estos estén por debajo. Como contrariedad, el sistema se mantiene gracias a la esclavitud, pero las leyes que permiten que una persona esté supeditada a otra también plantean que ese “contrato” pueda terminar de diferentes formas. En la América española al menos así aparece el negro libre, en una sociedad que no está diseñada para él (y mucho menos para ella) y a la que tiene que mal adaptarse si quiere sobrevivir. Cuando los negros esclavos logran alcanzar la libertad se encuentran en un medio hostil, en una comunidad que no está pensada para ellos y en la que se tienen que abrir paso de la manera que puedan. Lo más común fue buscar empleos relacionados con el trabajo manual. Las mujeres lo tienen más difícil, al tener triple discriminación por ser mujeres, humildes y principalmente negras.

Ahora bien, se dieron las circunstancias, aunque mínimas, para que muchos negros alcanzaran una posición socioeconómica privilegiada ante sus semejantes, dirigieran negocios y tuvieran participaciones en las milicias, donde ganaron cierta consideración. Eso lleva a algunos de ellos a tener grandes patrimonios, incluyendo la posesión de esclavos, o sus hijos adquirir una formación académica. Todo se debía a que la única forma que tenían de encajar en una sociedad que no estaba diseñada para ellos fue, en muchos casos, imitando al blanco: vestimenta, vida social, aspiraciones familiares, etc. Todo para alcanzar una igualdad que nunca llegaron a conseguir.

La élite blanca no va a estar de acuerdo con eso y de ahí la tensión acumulada durante décadas a través de la constante aprensión. El conocido “miedo al negro” vuelve a eclosionar en 1844, con la represión contra algo tan etéreo como la llamada Conspiración de La Escalera. Se avocaba por desprestigiar aún más todavía a los afrocubanos, arremetiendo contra aquellos que consiguieron cierto nivel económico y sobre todo realce cultural, ya que se consideraba que la formación era un arma muy peligrosa a su servicio. A partir de ahí es que más demuestran su capacidad resiliente, reorganizándose y en apenas unos años recuperando terreno, gracias en parte al

asociacionismo. Y, a pesar de estos avances, lo que el empuje de los afrodescendientes no logra conseguir es acabar con el estigma social que marca el color de su piel. La cesión de Cuba por España a los Estados Unidos en 1898 y la independencia total de la Isla a partir de 1902 tampoco terminaron con esta tensión social. Tanto es así que los afrocubanos fueron obviados de la historia de una nación que desde su formación embrionaria han ayudado a construir, hoy siendo trabajo de la historia sociocultural y su divulgación una de las formas con que se contribuye en la recuperación de ese pasado y esa cultura, bajo la convicción de que todos somos iguales.

No existe conflicto de intereses

Los autores trabajaron en un 50 % en la preparación, revisión y escritura del artículo.

Referencias bibliográficas

1. Archivo General de Indias (AGI): Estado, leg. 5A, núm. 15 y leg. 17, núm. 113.
2. Archivo General de Simancas (AGS): legajo 7165, núm. 25.
3. Archivo Histórico Nacional (AHN): Ultramar, 150, exp. 42.
4. Armas y Céspedes, F. (1866). *La esclavitud en Cuba*. La Habana: Establecimiento Tipográfico de T. Fortanet.
5. Bacardí Moreau, E. (1909). *Crónicas de Santiago de Cuba*, vol. 2. Barcelona: Tipografía de Carbonell y Esteva.
6. Bachiller y Morales, A. (1887). *Los negros esclavos*. Barcelona: Gorgas y Compañía, Tip. Al Timbre.
7. Barcia, M.C. (2009). *Los ilustres apellidos: negros en La Habana colonial*. La Habana: Boloña-Ciencias Sociales.
8. Belmonte Postigo, J.L. (2006). De esclavos y hacendados. Inmigración, etnia y clases sociales en el Oriente cubano durante la revolución haitiana. En Provencio Garrigós, L. (Ed.). *Barrotes: la construcción social de las identidades colectivas en América Latina*, pp. 185-210. Murcia: Universidad de Murcia.
9. Camacho, J. (2015). *Miedo negro, poder blanco en la Cuba colonial*. Madrid: Iberoamericana.

10. Castellanos J. Y Castellanos I. (1990 y 1994). *Cultura Afrocubana*, vol.1, 2 y 4. Miami: Universal.
11. Deschamps Chapeaux, P. (1975). *El negro en la economía habanera del siglo XIX*. La Habana: UNEAC.
12. *Diario de Sesiones*, 25-I-1811.
13. *Diario de Sesiones*, 27-III-1889.
14. Dirección General de Hacienda de la Isla de Cuba (1881). *Boletín Oficial de Hacienda*. La Habana: La propaganda Literaria.
15. Duharte Jiménez, R. (1988). *El ascenso social del negro en la Cuba Colonial*. *Boletín americanista*, 38, 31-41. *El Pueblo*, 1869-1876.
16. Escalona Sánchez, M. S. (2005). Los momentos que preceden a la «conspiración de La Escalera» en la jurisdicción Matanzas. La población negra de la zona (1840-1844). En *Anales del Museo de América*, 13, 301-316.
17. Ferrer, A. (2005). Cuba en la sombra de Haití: noticias, sociedad y esclavitud. En González-Ripoll, M., et al. *El rumor de Haití en Cuba: temor, raza y rebelión, 1789-1844*, pp. 179-231. Madrid: CSIC.
18. García Garófalo Mesa, M. (1938). *Plácido, poeta y mártir*. México: Ediciones Botas.
19. García Rodríguez, G. (2005). Vertebrando la resistencia: la lucha de los negros contra el sistema esclavista, 1790-1845). En González-Ripoll, M., et al. *El rumor de Haití en Cuba: temor, raza y rebelión, 1789-1844*, pp. 233-320. Madrid: CSIC.
20. Huerta Martínez, A. (1992). *La enseñanza primaria en Cuba en el siglo XIX (1812-1868)*. Sevilla: Diputación de Sevilla.
21. Kemner, J. (2014) ¿No soy un hombre y un hermano? Los significados de la libertad para los afrodescendientes en la sociedad colonial cubana del siglo XIX. En Quintero González, J. (Dir.). *El nacimiento de la libertad en la Península Ibérica y Latinoamérica: Actas del XVI Congreso Internacional de AHILA*. San

- Fernando, del 6 al 9 de septiembre de 2011*, pp. 405-425. Cádiz: AHILA-Ayuntamiento de San Fernando.
22. Lucena Salmoral, M (1995). La esclavitud americana y las Partidas de Alfonso X. En *Indagación: Revista de Historia y Arte*, 1, 33-44.
23. Marrero Artiles, L. (1974,1976 y 1978). *Cuba, Economía y Sociedad, Siglo XVI, la economía*. Vol. I, II, V y VI. Madrid: Playor.
24. Martínez Carreras, J.U. y Pozuelo Masquerade, B. (1990). La cuestión de la abolición de la esclavitud en la Francia revolucionaria y la España liberal. En Diego García, E., et al. *Repercusiones de la Revolución Francesa en España. Actas del Congreso Internacional celebrado en Madrid, del 27 al 30 de noviembre de 1989*, pp. 219-228. Madrid: Universidad Complutense.
25. Montejo Arrecha, C.V. (1993). *Sociedades de Instrucción y Recreo de pardos y morenos que existieron en Cuba colonial, periodo 1878-1898*. Xalapa: Instituto Veracruzano para la Cultura.
26. Portuondo Zúñiga, O. (2014). *Caribe, raza e identidad*. La Habana: Ediciones Unión.
27. Rosell S.V. (1997). *La novela antiesclavista en Cuba y Brasil, siglo XIX*. Madrid: Pliegos.
28. Saco, J. A. (2001). *Obras. Colección de papeles científicos, históricos y políticos sobre la Isla de Cuba, ya publicados ya inéditos*. 5 vol. La Habana: Imprenta Contemporánea.
29. Sosa Rodríguez, E. y Penabad Félix, A. (2004, 2005 y 2008) *Historia de la Educación en Cuba*, Vol. 5, 6 y 8. La Habana: Ciencias Sociales.